

# LA ESPINGARDA,

PERIÓDICO LITERARIO, DE ANUNCIOS Y NOTICIAS.

Se publica los Martes Jueves y Domingos, de cada semana. Precio de suscripción: dentro la capital por un mes 4 reales y 5 fuera de ella franco de porte. A los señores suscritores se les admitirán los anuncios *Gratis*, siempre que estos no excedan de seis líneas. Se suscribe en esta capital en la imprenta de Meliton Suñer, calle de las Ballesterías número 7.

## FISIOLOGÍA

DE LOS

### caminos de hierro en Francia.

#### LA TERCERA CLASE.

¡Qué multitud! ¡qué confusión! ¡qué ruido! ¡qué barahunda! ¿Se trata de un asalto? ¿de un motín? No, sino del embarque de viajeros en los wago- nes de tercera clase de un camino de hierro.

Un autor inglés, que de novelista ha venido despues á convertirse en diplomático, sir Bulwer, presenta en su *Pelham* una observación muy esac- ta: «Un hombre de la alta sociedad, todo lo hace sin ruido: un hombre vulgar, un hombre sin educa- ción, no puede tomar su vaso, poner su tenedor, sentarse, levantarse, entrar, salir, sin aturdir á todo el mundo.»

Preciso es conceder que, salvo las escepciones que confirma, segun se dice, la regla, la mayoría de los viajeros que se precipitan como un alud á los wago- nes de tercera clase, se cuidan muy poco de la educación, pues siempre hacen un estrépito como si todos mantuvieran fuertes altercados ó reñidas pependencias.

Y este estruendo es producido por el choque de los zuecos, de los zapatos recargados de gruesos clavos, de las voces estentóreas de los que llaman y responden:

- «—¡Eh, Juan!
- ¡Eh, Santiago!
- ¡Eh, Pedro!
- ¿Dónde estás?
- Aquí estoy.
- Entra por este lado.
- No, ven por allí.
- ¿Y los amigos?
- ¿Y la vecina?
- ¿Y el niño?
- ¿Y el paraguas?
- ¿Y tu padre?
- Dáme tu canasto.
- Tóma.

—Mira á la señora Nicolet.

—¿Cómo os vá, padre Grinchu?»

Despues de la torre de Babel, no se ha visto nada semejante, y muchas veces he intentado pre- guntar cómo esta turba tumultuosa de gente pue- de entrar y, sobre todo, permanecer algunas horas en estos carruajes estrechos destinados á re- cibirla. Diríase que el tren, esa larga serpiente boa, con cabeza de fuego, se ensancha para de- vorar sus víctimas, que bien pueden considerarse así á los viajeros de la tercera clase.

La administración de los caminos de hierro en Francia ha medido con suma economía el sitio para ellos preparado.

Esto es un lucrativo cálculo.

Mientras menos habitables son los wago- nes de tercera clase, más se facilita la entrada en los de segunda, y cuanto menos cómodos son éstos, más se obliga á las personas de mediana posición so- cial á recurrir á los de primera.

Esta comercial idea, que no carece de habili- dad y que hasta cierto punto de vista tampoco está falta de justicia, por más que todos tengan derecho á ella por su dinero, se había llevado de- masiado léjos al principio del establecimiento de los caminos de hierro: pero durante la república de 1848 se introdujeron algunas modificaciones que se habían hecho absolutamente necesarias.

Antes de esa época no era difícil hallar en al- gunas líneas wago- nes de tercera clase, nada me- jores que chirriones, ó sean carros para portear tierra y arena, desprovistos de todo abrigo, de tal suerte, que al llegar la estación de las grandes lluvias, los pasajeros arribaban al término de su viaje con el agua á media pierna, en aquellos wa- gones metamorfoseados en acueductos.

Se había dispuesto que algunos estuviesen te- chados, pero quedaban descubiertos por dos lados, de modo, que de los cuatro vientos, por lo menos se estaba seguro de ser combatido por dos.

Cuando la caridad apelaba á la filantropía de los representantes de la administración, se daba siempre esta invariable respuesta:

«Los que no se encuentren bien en los wago- nes de tercera clase, pueden ir en los de segunda, y

á los que no parezcan estos bastante cómodos, sepan que tienen el incontestable derecho de viajar en los de primera.»

En teoría, sí; en práctica, nó.

Este derecho es uno de los que se adquieren al entrar, pero cuando se carece de dinero con que comprarlo, se queda uno sin él.

Yo creo que los wagones-carros y los wagones-jáulas, contribuyen mucho á la mortandad: la ventaja es tan solo para los médicos.

Las pleuresías, los reumatismos y todas las enfermedades producidas por la humedad y el frio, se aumentan considerablemente.

Las nodrizas, que siempre ocupan los de tercera clase, ven con frecuencia morir los infantes, antes de llegar al punto de su direccion.

Además ocurren en dichos wagones algunos otros pequeños accidentes: por ejemplo, una chispa inflamada viene á caer sobre ellos fácilmente, estando como están á cielo descubierto, y prende fuego en el vestido de una mujer y costandó sumo trabajo apagar el incendio.

Escitada con acontecimientos de esta especie la opinion pública, no faltó quien tuviera la libertad de preguntar «¿por qué en un pais católico, los wagones destinados á trasportar seres humanos, estaban menos bien preparados que los destinados á llevar caballos, bueyes y perros, y por qué hasta las mercancías merecian más atenciones y cuidados que los cristianos?»

Sin embargo de estas fundadas quejas, así permanecieron con insignificante diferencia, hasta el año de 1848, en cuya época los coches de tercera clase tomaron el aspecto con que aparecen en la actualidad.

Ciertamente no se encuentra en ellos el esmero y conveniencia que ofrecen los de primera clase, en los que no se carece de suficiente espacio, de asientos blandos, de respaldos cómodos, de tapices tupidos, de colgaduras lujosas, de buenas estufas y en los que, en una palabra, se notan toda la elegancia y todas las comodidades de la vida.

En los de segunda clase se observan henchidos los asientos, aunque con economía; y los espaldares bien acondicionados y forrados con tela de Persia, en vez de damasco ó seda, y en los wagones que llevan á lo más diez personas, se encuentra una especie de estera de juncos para los pies.

Los de tercera clase con sus cincuenta asientos se asemejan algun tanto á un *forum*.

En estos, las delicadezas lujosas de los de primera y aun las modestas ventajas de los de segunda, son completamente ignoradas.

Aquí está el viajero sentado sobre madera, respaldado sobre madera, puestos los pies sobre madera, pero al menos se está á cubierto y se hallan bien cerrados todos los costados.

No se vá perfectamente, pero á falta de lo su-

pérfluo, cosa tan imprescindible segun afirma Voltaire, se tiene lo necesario, que es mucho más importante, pues sin ello nadie puede humanamente pasar.

(Se concluirá.)

### LLORO Á MI MADRE.

(Recuerdo dedicado á L....)

—Cuéntame porque lloras,  
bella zagala,  
y yo veré si puedo  
secar tus lágrimas,  
Que ellas son perlas  
y fuera, en verdad, lástima  
que se perdieran.

—Te afanas ¡ay! en vano;  
mi dolo es grande,  
y nadie ya en el mundo  
puede calmarle;  
porque hay dolores  
que el mundo no comprende,  
que el mundo no oye.

—¿Lloras, hermosa mia,  
porque tu amado  
abandonó este suelo  
dichas buscando?

—Ay!... mis pesares  
son, aunque al orbe asombre,  
mucho mas grandes.

—¿Lloras porque no tienes  
quien te enamore,  
cuando todos ansiosos  
van tras amores?  
—Ay!... tu mi llanto  
no puedes, aunque quieras,  
nunca secarlo.

—¿Lloras de algun amante  
la suerte dura,  
ó temes que perezca  
en triste lucha?  
—Ay!... mis dolores  
son aunque pese al mundo,  
mucho mayores.

—¿Lloras porque te falta  
riqueza ó nombre,  
para que absorto el mundo  
dó quier te invoque?  
—Ay! mis pesares  
son, aunque al mundo pese,  
mucho mas grandes.

—¿Lloras porque en tu vida  
solo pesares  
te brindó del destino  
el triste cáliz?

—Ayl... mis dolores  
son aunque al orbe aflija  
mucho mayores.

—¿Y qué lloras, entonces,  
bella zagala?

—¿de qué puedes quejarte?  
¿di. que te falta?

—A consolarme  
acudes hora en vano...

lloro á mi madre.

—Si tu madre ya ha muerto  
llorar no debes,  
que entre querubes célicos  
su asiento tiene.

—¿Y quien mis penas  
calmará en este mundo  
tan bien como ella?

—No llores mas, hermosa,  
que el llanto es vano,  
y el que en el cielo mora  
ama tu llanto.

Ten por consuelo,  
que tu madre, alma mia,  
está en el cielo.

*Teodoro de Mena.*

## A DELISA.

Quieres que crea Delisa  
de tu risa

El aparente rubor?

Quieres Delisa alhagarme  
por burlarme

Con tus halagos mejor?—

No, perjura, que harto siento

La pasión que puse en tí:

Guarda á mi rival atento

El seductor juramento

Con que me engañaste á mí.

No esperes no que tus ojos,  
sin enojos,

Vuelva taimada á mirar;

Ni que con labios de fuego

vaya ciego.

Tu mano ingrata á besar

Que aunque en mis brazos suspiras

Por ocultar tu maldad

Sé que por otro deliras,

Mas no temas que mis iras

Estorven tu voluntad.

No pienses con juramentos

mis intentos

Sagaz, Delisa, trocar.

No, que desprecio tus cuitas

y las citas

Que antes me hiciste anhelar.

Y aunque con tierna pasión

Desde mis primeros años

Te quiso mi corazón,

Conoció ya la ficción

Con que encubres tus engaños.

Sé que unidos largas horas

al que adoras

Finezas tiernas le das;

Sé que la tiendes tus brazos

con mil lazos

Que por él rotos verás.

Mas no creas que celoso

Vivo por eso penando,

De mi rival envidioso,

Ni que tierno y amoroso

Paso las noches velando.

Sigue, sigue, en tus amores,

y favores

Dá sin cuento á mi rival;

Y olvida ingrata las penas

y cadenas

Que en tí busqué por mi mal:

No creas no, que otra dama

Voy anhelante á buscar

Que encienda de amor la llama,

Porque solo una vez ama

El mortal que sabe amar.

*G. V. de Dargallo.*

## EL SÁUCE Y EL CIPRÉS.

Quando á las puertas de la noche umbría,

Dejando el prado y la floresta amena,

La tarde melancólica y serena

Su misterioso manto recogía;

Un macilento sáuce se mecía

Por dar alivio á su constante pena,

Y en voz suave y de suspiros llena

Al son del viento murmurar se oía:

—Triste nació mas en el mundo moran

Seres felices, que el penoso duelo,

Y el llanto oculto, y la tristeza ignoran!

Dijo, y sus ramas esparció en el suelo.

—« Dichosos, ay, los que en la tierra lloran, »

Le contestó un ciprés, mirando al cielo.

*Selgas.*

## PENSAMIENTOS.

La santa poesía hace precioso el dolor y bien-  
hechoras las lágrimas.

*Jorge Sand.*

Los mismos que en el cielo no confían, un fan-  
tasma se forjan que es para ellos del naufrago la  
tabla.

*Lord Byron.*

El amor en la vida del hombre es un episodio;  
en la de la mujer es la existencia.

*El mismo.*

## Los países bajos.

Señores; no sé por qué,—pero es lo cierto que yó—con respecto á los mayores—profeso el principio átroz—de que llevan en los piés—la mejor información—de su cuerpo y de su alma.—Por ejemplo; cuando voy—por una calle y contemplo—con minuciosa atención—bajo unos limpios harapos—un pié breve y seductor—que forra una media blanca—y contra—forra el charol,—detrás de aquel pié tirano—se me escapa el corazón.—Mas si la nefanda suerte—á mirar me condenó—bajo un miriñaque obtuso—un pié como un espadon—ó un pié-pezuña, calzado—sin vergüenza ni pudor—por un zapato que tenga—desvencijado el talon,—y enseñe una media oscura—con algun punto traidor,—un inmenso desconsuelo—oprime mi corazón—y esclamo; ¡Dios poderoso;—para siempre libranos—de las hembras que no cuidan—con minucioso teson—de esos extremos pedestres—por donde empieza el amor!

## BRAVA RESPUESTA.

A propósito de la version comun que tenemos en España de que San Martin partió la capa con Cristo, voy á contaros la graciosa ocurrencia de una pobre muchacha que contemplaba la imágen del Santo á caballo dividiendo con su espada la capa para darla al pobre.

—Señor, me dijo, ¿qué hace ese militar con esa capa y esa espada?

—Va á partir su capa con el pobre, por un exceso de caridad, la contesté.

—¿Y de qué nacion es ese soldado? volvió á preguntarme.

—Francés, la respondí.

—Bien se conoce, repuso; si fuera español se la hubiera dado toda entera.

## CORRESPONDENCIA ERÓTICA.

Pepito del alma mia,—Pepe de mis entretelas,—que eres el único bálsamo—que cura todas mis penas.—Tu epístola, que leí—el otro dia en la reja—á espaldas de mi mamá—(que sabes que es marrullera—y no permite que yo—me entere de tus ternezas)—me puso, Pepe, me puso—en un estado que... etcétera.—Tiré al punto la costura;—hice la aguja mil piezas;—me puse el vestido nuevo;—cojí el céfiro impertérrita—y con ojos medio... medio—me fuí acercando á la puerta.—Pero el diablo, caro Pepe,—el diablo que no sosiega—y persigue el amor nuestro—como si casto no fuera;—el diablo, ¿lo creerias?—en la ocasion mas suprema,—cuando el postigo empezaba—á levantar con cautela,—se apa-

reció, caro mio,—bajo el manto de mi abuela.—Mi abuela que sabes tú—los sermones que enjareta—cuando te vé enamorado—por delante de mis rejas:—y armóse allí tal jollin,—hubo tal marimorena,—que estuvo en un tris, oh Pepe,—que tu Pepa la corriera.—Mas ya que el cielo ha querido—que pasára la tormenta—(aunque tú sabes, oh Pepe,—que estuve seis dias presa—y no pude, por desgracia,—ir contigo á la Glorieta,—que buena falta me hacia—una excursion romancesca,)—te escribo por fin, te escribo—esta epístola tan tierna—para darte, dueño mio,—mil gracias por tu fineza.—Te agradezco los zapatos—que me mandaste, y las medias;—son de mi gusto las ligas,—aunque me están algo prietas,—y el abanico de sándalo—es una cosa soberbia.—Los pendientes, ay, Pepito; qué alhaja, qué alhaja es esta;—más la estimo que si fuesen—de los finos y con piedras.—Los artículos de boca,—los dulces y las botellas—los voy consumiendo á ratos—cuando me aflige la pena.—Echo entonces cuatro tragos—encerrada en la alacena,—me pongo á pensar en tí—y siento, Pepe, una hoguera....—Adios, que mi madre viene—y, si me coje en la escena,—hace doscientos pedazos—esta epístola, y me encierra.—Con que lo dicho, otra noche—la jugaremos la vuelta;—tén un poquito de calma—y ya verás lo que es—«Pepa.»

## Tres cosas agradables.

Una niña de quince á veinte, rubia ó morena, á gusto del consumidor: cincuenta mil duros en billetes de banco: y una salud de siglo y medio.

## SECCION DE ANUNCIOS.

### TEATRO DE LA REINA.

FUNCION 2.<sup>a</sup> DE ABONO PARA HOY 21 DE LOS CORRIENTES.

Se pondrá en escena la ópera buffa en 3 actos música del maestro De-Ciosa titlada:

D. CHECCO.

Entrada general 3 reales.

Idem por la calle del Teatro 2 id.

A las 8 en punto,

EDITOR RESPONSABLE, JUAN FERRER.

GERONA: Imprenta de Meliton Suñer, calle de las Ballesterías número 3.—1861.